



question

Periodismo / Comunicación
ISSN 1669-6581

Esta obra está bajo una
Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-Compartir Igual
4.0 Internacional



Prensa, Neuquén y guerra de Malvinas.

Andrea Belén Rodríguez

Question/Cuestión, Nro.78, Vol.3, Agosto 2024

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e915>

Prensa, Neuquén y guerra de Malvinas.

El periódico *la trastienda*: el desafío de transgredir los límites de lo decible

Press, Neuquén and the Malvinas War. The newspaper *La Trastienda*: the challenge of transgressing the limits of what is sayable.

Andrea Belén Rodríguez

Universidad Nacional del Comahue/ CONICET (IPEHCS)

Argentina

andrea_belen_rodriguez@yahoo.com

Resumen

El artículo aborda los sentidos que el periódico neuquino *La Trastienda* construyó sobre la guerra de Malvinas desde una perspectiva histórica sociocultural. En una coyuntura en la que los márgenes de lo decible sobre el conflicto eran estrechos por las políticas de “acción psicológica” del régimen y por el fervor patriótico que se expandió en la sociedad, el trabajo demuestra que el periódico desafió constantemente los límites y encontró estrategias para transgredir las pautas de control a la información, desplegando una mirada mesurada, reflexiva y crítica sobre la contienda bélica.

Abstract

The article addresses the meanings that the Neuquén newspaper *La Trastienda* constructed about the Malvinas War from a sociocultural historical perspective. In a situation in which the margins of what could be said about the conflict were narrow due to the “psychological action” policies of the military regime and the patriotic fervor that expanded in society, the work demonstrates that the newspaper constantly challenged the limits and it found strategies to transgress the information control guidelines, displaying a measured, reflective and critical look at the war.

Palabras clave: Guerra de Malvinas- Neuquén- Prensa- Periódico *La Trastienda*

Keywords: Malvinas War- Neuquén- Press- Newspaper *La Trastienda*

Introducción

La guerra de Malvinas (1982) impactó en la sociedad argentina, en todos los órdenes posibles: desde las movilizaciones realizadas públicamente hasta en los más íntimos espacios cotidianos. Sin embargo, si bien es cierto que el conflicto alteró la vida cotidiana de todas las comunidades diseminadas en el territorio argentino, no lo hizo de igual modo en todas ellas. Es decir, las formas de vivir la guerra variaron en función de la cercanía al teatro de operaciones, de la historia de vínculos con las FF.AA., de la presencia de unidades locales en el archipiélago o del impacto de la muerte de algún vecino, entre otras (Lorenz, 2009). Teniendo presente esas variables, las poblaciones de la Patagonia vivieron la guerra intensamente, aunque también allí el grado de involucramiento de la sociedad en el conflicto y los sentidos que circularon sobre el mismo varió en función de factores propios, como la historia local y las dinámicas sociales y políticas particulares, y otros de la coyuntura bélica.

El presente trabajo hace foco en una ciudad de la Norpatagonia, Neuquén, y forma parte de una investigación que busca reconstruir cómo la sociedad neuquina vivió la contienda, haciendo hincapié en el impacto del conflicto en su cotidianeidad, así como en las actitudes que desplegaron diversos actores sociales frente al mismo. En tal sentido, teniendo en cuenta que la guerra de Malvinas fue ante todo una “guerra mediática” para la gran mayoría de los argentinos debido a la distancia del teatro de operaciones insular (Escudero, 1996 p.31), resulta nodal abordar la información sobre el conflicto que circulaba en Neuquén, así como los

sentidos sobre el mismo que pugnaban en la esfera pública, a partir del estudio de los medios de comunicación locales. Este trabajo busca aportar a ese objetivo, haciendo foco en un medio gráfico que hasta el momento no se ha investigado: *La Trastienda (LT)*, una publicación neuquina fundada en 1981, en plena crisis de legitimidad de la última dictadura militar (1976-1983). El éxito de su proyecto editorial y la buena acogida de la sociedad neuquina, son indicios que demuestran que rápidamente la publicación se transformó en un actor político de relevancia a nivel local que –como todo periódico- buscaba “comerciar e influir” (Borrat, 1989), y en este caso reflexionar sobre temas regionales con mayor libertad que en otros medios. En particular, el trabajo procura analizar el posicionamiento de *LT* frente a la guerra de Malvinas, en una coyuntura en la que los márgenes de lo decible sobre el conflicto eran estrechos por la “acción psicológica”¹ desplegada por el régimen y por el fervor patriótico que se expandió en la sociedad.

La relevancia del estudio de la prensa, como el semanario *LT*, reside en el papel central que tenía dicho actor en la construcción de la opinión pública en los '80 –aún una restringida como la existente en dictadura-, más aún dada la limitada oferta informativa en radio y televisión, en manos de las FF.AA. (Borrelli, 2009; Schindel, 2012). Si bien en Neuquén circulaban los diarios y revistas de tirada nacional –cuya ansiada espera fue retratada por la prensa durante el conflicto (*LT*, 27/05/1982)-, entre los habitantes de la Norpatagonia los medios escritos locales eran los más consumidos puesto que informaban sobre los acontecimientos que hacían a su cotidianidad. Así junto a *Clarín*, *La Nación*, *La Prensa*, *La Nueva Provincia*, las revistas *Gente* y *Siete Días* –entre otras-, en 1982 los neuquinos leían principalmente el diario *Río Negro* y, en

¹ Como indica Julia Risler (2018), la “acción psicológica” fue una estrategia castrense implementada como un plan sistemático a nivel nacional y “estuvo orientada a regular las conductas de la ciudadanía, inculcar valores y estimular la adhesión y participación dentro de los objetivos del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional” (p.12). El circuito de la “estrategia psicosocial” comenzaba con la obtención de información sobre el comportamiento de la ciudadanía y de los medios de comunicación (mediante los organismos de inteligencia), el análisis de dicha información, y terminaba con la elaboración de las pautas y acciones de operaciones psicológicas y comunicación social (Risler, 2018, p.280). En términos generales, las políticas destinadas a regular el accionar de los medios de comunicación a través del Sistema Nacional de Comunicación Social tuvieron una doble faz: productiva, de construcción de contenidos afines a los objetivos de la dictadura (como las propagandas), y represiva, de control y censura de la información que era contraria a dichos fines.

segundo lugar, otras publicaciones como el periódico *LT*, que entonces tenía una circulación limitada pero creciente².

El artículo, entonces, pretende reconstruir el posicionamiento del semanario *LT* frente al conflicto desde una perspectiva sociocultural. Es decir, para evitar una deriva común en este tipo de investigaciones que se circunscriben a analizar lo escrito en la superficie del diario en forma aislada, el trabajo procura poner en diálogo dicho estudio con el campo periodístico a nivel nacional y local, y las políticas desplegadas hacia los medios por el régimen. Es por ello que un primer apartado abordará sintéticamente el rol de la prensa en la última dictadura, planteando –desde arriba- las líneas generales de las “acción psicológica” del régimen y –desde abajo- el comportamiento de los medios escritos nacional y neuquino frente el golpe de estado. En tal sentido, referiré al universo de la prensa en Neuquén, así como al desempeño del oficio por parte de los periodistas en la región en el marco del terrorismo de Estado, para terminar analizando el surgimiento de *LT*. En un segundo apartado, reconstruiré los sentidos que *LT* configuró sobre el conflicto y la forma en que cubrió el mismo, en diálogo con la actitud desplegada por los otros medios de tirada nacional y local, y con las pautas de comunicación social establecidas por la dictadura en la coyuntura bélica.

La prensa en la dictadura: entre lo nacional y lo local³

Los medios gráficos alternaron entre la censura y la autocensura frente a la radicalización de los conflictos políticos y el avance represivo del Estado en el tercer gobierno peronista, y más aún tras el golpe de estado –con la supresión de las garantías constitucionales y la

² *Río Negro* era –y es- el principal diario de la Norpatagonia por su trayectoria –ya que fue fundado en 1912 y desde fines de los ‘50 comenzó a publicarse con una frecuencia diaria hasta el presente-, por su cobertura de noticias de las provincias de Neuquén y Río Negro, y por su amplísima distribución (Bergero, 2011). *LT* fue un periódico neuquino de menor dimensión, duración y frecuencia (primero mensual y luego semanal). Nació en 1981 y en esta primera etapa su publicación se extendió hasta 1987. Luego, volvió a salir en el período 1997-2001, pero con un elenco de periodistas –en gran parte- distinto.

³ Este apartado se basó en la siguiente bibliografía: Risler (2018), Borrelli (2009), Saborido y Borrelli (2011) y Schindel (2012) fueron fundamentales para pensar la prensa en el marco de la dictadura. En cuanto a la conformación del espacio público en la “transición democrática”, la investigación de Franco (2018) dio el marco general. Asimismo, las investigaciones de Díaz y su equipo contribuyeron a delinear esta síntesis así como a pensar en casos particulares (Díaz, 2017). Sobre la prensa neuquina o la labor de periodismo en la región en dictadura, ver: Bergero (2011), Celedón Miglioranza (2022) y las memorias de periodistas neuquinos publicadas en: Bergero y Burton (2022).

profundización del terrorismo de Estado. Si bien el régimen militar desplegó políticas de “acción psicológica” que establecían qué se podía difundir y qué no, con el objeto de construir consenso sobre el propio régimen, de difundir los valores que este consideraba esenciales y erradicar las actitudes que alteraran el orden y la seguridad, así como de alentar la participación ciudadana limitada en función de los objetivos del gobierno (Risler, 2018, p.90), muchas de esas políticas provenían del andamiaje legal heredado del gobierno de Isabel Perón y eran cambiantes, inestables e imprecisas (Borrelli, 2009).

Así, aunque la dictadura montó una “gigantesca estructura burocrática” destinada a la “acción psicológica” (analizada por Risler, 2018), en términos generales las medidas de comunicación social -tanto las restrictivas como las productivas- se caracterizaron por su imprecisión, vaguedad y amplitud, en parte debido a la falta de coherencia, la disimilitud de criterios y la superposición de funciones de los distintos organismos gubernamentales y castrenses dedicados a esa tarea. Así, estas concentraron la responsabilidad en los directores y editores de los medios que debían decidir que tópicos mencionar y cómo hacerlo de tal forma de no lesionar la seguridad nacional en el marco de la “guerra antisubversiva”. Las pautas del régimen indicaban cuestiones tan vagas como la pena de prisión a aquellos que difundieran actividades “subversivas” o que desprestigiaran a las FF.AA. y de Seguridad (Comunicado 19, 24/03/1976), y además se aplicaron mediante un cúmulo de comunicados, sugerencias informales, listas negras, lo que volvió dicha política amplia y difusa a la vez. Asimismo, como la censura previa casi no se aplicó (excepto en las dos primeras semanas), todo ello condujo a que los periodistas trabajaran sobre una cornisa riesgosa diariamente, porque no estaba claramente definido los márgenes de lo decible (Saborido y Borrelli, 2011, pp.7-10).

La no centralización de la censura y esa falta de definición y precisión en las políticas condujo a la extensión de la autocensura por parte de los responsables de los medios y de los trabajadores de prensa, por una amplia gama de motivos –según su rol y perfil-, que iban desde el apoyo a los objetivos iniciales de la dictadura –la “guerra antisubversiva”, los valores que supuestamente venían a restablecer las FF.AA., las políticas económicas, entre otros-, motivos comerciales (como el conocido caso de Papel Prensa –Saborido y Borrelli, 2011), hasta el temor, porque los despidos, amenazas, persecuciones y desapariciones de periodistas estaban a la orden del día.

En esta coyuntura, en general, los diarios de tirada nacional dieron la bienvenida al golpe de estado ya que una vez más las FF.AA. aparecían como las “salvadoras de la nación” que venían a poner orden al caos reinante, y difundieron una imagen de normalidad y tranquilidad, que buscaba crear las condiciones para profundizar el consenso inicial. En los primeros años se limitaron a reproducir las informaciones oficiales⁴, aceptando el relato impuesto por el gobierno. Pero ello no implica que, a poco de andar, algunos medios comenzaran a difundir críticas al régimen en cuestiones puntuales; constituían el margen de disenso aceptable, que contribuía a mantener la imagen de “prensa moderada e independiente”, funcional a la dictadura y a su plan clandestino (Borrelli, 2009).

Sin embargo, dos tópicos eran verdaderos tabú: los conflictos internos entre las fuerzas y en el propio gobierno y, todo lo vinculado a la represión ilegal, los “excesos” y la cuestión de los desaparecidos, que recién comenzó a circular ampliamente en la prensa en tono de denuncia tras la guerra de Malvinas (Borrelli, 2009; Schindel, 2012). Previamente algunos medios comenzaron a incluir el tema –como *Buenos Aires Herald* y *La Opinión* en forma muy temprana- pero no fueron más que excepciones, en el silencio reinante y funcional al plan represivo (Schindel, 2012). De todas formas, para 1979/80, la pérdida de capital político de la dictadura (debido a los conflictos interfuerzas que desestabilizaban el gobierno, pero sobre todo por el descalabro económico) y el paralelo incremento de la conflictividad social tuvieron su correlato en el accionar de los medios de prensa, que comenzaron a endurecer su posicionamiento frente al gobierno en determinadas dimensiones –que varió en función del medio, pero sin dudas dos centrales fueron la política económica y la cuestión política-, e incluso aparecieron nuevas publicaciones con un cariz fuertemente crítico al régimen militar.

Neuquén no fue la excepción en este panorama general. En ese entonces, el universo de la prensa era relativamente acotado allí⁵: en la sociedad neuquina circulaban el diario *Río Negro* –el principal de la Norpatagonia por su trayectoria, tirada y circulación-, el diario *Sur Argentino* –que se publicó hasta 1978, y fue la voz oficial del principal partido político provincial (García,

⁴ Hay que tener presente que la principal agencia de noticias –Telam- estaba en manos del Estado. La otra agencia estatal, Saporiti, la conducía el Ejército, y Noticias Argentinas, privada, fue objeto de presiones, sus periodistas intimidados y hasta sufrió una clausura en el marco de la guerra de Malvinas (Schindel, 2012)

⁵ Y de los medios de comunicación en general: en la región existía un único canal de televisión (Canal 7 de Neuquén), y dos radios AM: LU5 Radio Neuquén y LU19, de Cipolletti, la primera de ellas intervenida durante la dictadura (Bergero, 2011).

2019)- y otros periódicos y revistas de menor tirada (como la Revista *Calf*). A partir del “deshielo” de 1981, aparecieron otras publicaciones de tenor más crítico: la revista *Comunidad* –perteneciente a la Iglesia católica- y el periódico aquí analizado: *LT*.

En el caso del diario *Río Negro*, como ha demostrado Bergero (2011), también este medio siguió las pautas generales del resto de la gran prensa nacional en cuanto a su comportamiento frente al golpe de estado: apoyo a la “guerra antsubversiva”, a la “refundación nacional “del régimen militar y a sus políticas económicas. Sin embargo, desde fines de 1976 y 1977 incluyó noticias “sueltas” sobre la persecución y/o desaparición de periodistas de otros medios, cubrió intensamente la desaparición del periodista Edgardo Esteban –corresponsal de *Clarín* en Neuquén-, e incluso, tan temprano como abril de 1977, un editorial afirmaba en tono de denuncia: “Si es que vamos a ganar la paz, las fuerzas armadas deberán tener compasión. Deben adoptarse medidas de inmediato para ver que se procedente la apelación de la Suprema Corte para que se tomen medidas que descubran a los cientos o miles de personas desaparecidas en Argentina” (*Río Negro*, 25/04/1977, en: Bergero, 2011, p.16). De todas formas, ello no significó un distanciamiento inmediato del régimen (de su proyecto político y de su lineamiento económico), que comenzó a producirse a partir de 1979.⁶

En Neuquén, al igual que en el resto del país, los periodistas también ejercieron diariamente su labor entre los controles desplegados por los servicios de inteligencia de la VI Brigada de Infantería de Montaña, que incluían “sugerencias”, amenazas veladas o explícitas, persecuciones, e incluso la desaparición del periodista Esteban por dos meses que motivó la denuncia y la organización de un entramado de solidaridad por parte de sus colegas. El accionar de los periodistas neuquinos, entonces, también estuvo tensionada entre la censura –el control explícito- y la autocensura motivada por la vaguedad de las medidas y pautas difundidas en el marco del terrorismo de Estado. Como afirmaba un periodista icónico de Neuquén, se acostumbraron a hablar entrelíneas, “a decir nada y expresarlo todo” (Osvaldo Ortiz en: Bergero y Burton, 2022, p.91). Y así buscaron ampliar los márgenes de lo decible, desafiar algunos límites, como mantener vigente el reclamo por el periodista desaparecido –que finalmente fue liberado- y cubrir las actividades públicas de los organismos locales de

⁶ Celedón Miglioranza (2022) afirma que la empresa periodística protegió a sus empleados perseguidos, exiliados y a quienes estuvieron comprometidos con los derechos humanos durante el Proceso.

DDHH ya en 1980, con una estrategia clara: ir en “bandada”, actuar siempre en grupos para tener una mayor protección (Bergero y Burton, 2022, p.93).

Como vimos, en Neuquén el ámbito de los medios era relativamente acotado en los ‘70, por ende, identificamos una terna pequeña de periodistas -por lo menos en los puestos de responsabilidad- alternando su trabajo en los distintos periódicos, revistas y radios del Alto Valle. De hecho, el plantel inicial de *LT* estaba conformado por periodistas que trabajaban en otros medios, como el diario *Río Negro*, la Revista *Calf* y la radio LU 19, pero que buscaban poder escribir sobre cuestiones que no podían mencionar y/o profundizar allí. Pero, ¿cómo surgió *LT*? ¿en qué consistió este proyecto editorial y cuál fue su trayectoria?

LT surgió a partir de la iniciativa del cipoleño Hugo Rodríguez y Bettina Introzzi, una pareja de periodistas que habían retornado a vivir a la Norpatagonia en los ‘70, luego de trabajar en Buenos Aires para medios de grandes editoriales. Desde su retorno y mientras se dedicaban a otros emprendimientos, comenzaron a soñar con tener “un medio propio: modesto pero valiente para decir lo que nadie dice” (rememoraba Ricardo Villar, un periodista de larga trayectoria que marcaba la pauta editorial de *LT*, en: Bergero y Burton, 2022, p.160). Así, se propusieron crear una publicación “alternativa”, que focalizara en la realidad económica, política y social específicamente de Neuquén, que era una capital de provincia en crecimiento pero que no tenía un periódico propio.

Con esa idea en mente, convocaron a una serie de periodistas que ya trabajaban en otros medios, y que rápidamente se entusiasmaron con la propuesta, por dos motivos: por un lado, por la escala elegida, lo atractivo de un periódico que pensara estrictamente sobre la realidad regional, aquello que los incumbía a todos; y por otro lado, por asumirse como un medio independiente en un momento en el que la censura/autocensura persistía porque si bien la dictadura estaba en crisis, lejos estaba aún de resignarse a traspasar el poder. Como recuerda el periodista Walter Pérez: “El objetivo de *LT* era que fuera un medio alternativo, porque en ese momento estaba el diario de los Sapag [*Sur Argentino*, que en realidad se publicó hasta 1978] o el *Río Negro*. Entonces se quería volcar artículos, notas, comentarios, todo que no lo podías hacer en los medios donde trabajábamos” (entrevista, 12/06/2023).

Sobre todo, el poder contextualizar, analizar y reflexionar sobre la información, y no solo transcribir noticias, era algo muy preciado para el oficio, en un campo periodístico que había perdido atractivo y color en el marco de la dictadura. También Ricardo Villar recordaba lo

“movilizador” y atrapante de un proyecto que significaba una mayor libertad en el tratamiento de las noticias y, sobre todo, en la publicación de sus opiniones: “... había muchas cosas que el *Río Negro* no aceptaba, entonces lo tirábamos en *La Trastienda*. Después, en *La Trastienda* poníamos también opiniones, publicábamos los que estábamos adentro. No ganábamos plata, pero disfrutamos lo que hacíamos” (en: Celedón Miglioranza, 2022, p.170) Es por ello que un elenco de periodistas de la región que trabajaba en otros medios se sumaron *ad honorem* al proyecto, que parecía revitalizar su profesión.

Finalmente, el primer número salió en marzo de 1981 con el nombre *La Trastienda* que hacía referencia a esa intencionalidad de hablar sobre “lo que está detrás de lo que se muestra” (Villar en: Bergero y Burton, 2022, p.160), lo oculto en las tramas de poder, las causas no siempre sabidas de lo que sucedía. Durante 6 meses se publicó con una periodicidad mensual, y con una tirada de 1500 ejemplares que llegaba a unas 5000 personas (Tarantino, 2020). En este primer período, se trató de una publicación de entre 34 y 38 páginas, con la tapa a color, que se asemejaba a una revista por su diseño y diagramación. En el primer editorial, *LT* explicitaba claramente sus objetivos y su línea editorial, partiendo de la concepción del periodismo como servicio:

La Trastienda pretenderá de hoy en más ser un vocero neuquino de los temas neuquinos. Tratará de convertirse en la tribuna desde la cual se impulse con fuerza, con entusiasmo, toda iniciativa que haga al desarrollo de esta provincia patagónica en los campos político, social, cultural y deportivo.

Seremos federalistas por formación y dentro de esa gran filosofía, neuquinos. Nuestra meta está allí. En la defensa de los intereses generales de la provincia. Seremos severos en la crítica hacia afuera, pero no menos blandos cuando tengamos que opinar sobre acciones de los esquemas de poder internos.

La Trastienda llegara con una información honesta, con una opinión definida, tratando de crear conciencia provincial, propendiendo al desarrollo integral, combatiendo al centralismo de adentro y de afuera de los límites neuquinos.

En síntesis: Queremos servir a la provincia y a su comunidad. Solo ese es nuestro propósito (*LT*, marzo 1981).

Como indica en el editorial, las noticias que aparecían en sus páginas no solo referían a la política, sociedad, cultura y economía local, sino que lo hacían reflexionando sobre la misma, contextualizando la información, sentando claramente una postura sobre los temas –sin apariencia de objetividad–, con una perspectiva crítica, informada y seria, y muchas veces con un tono irónico que generaba complicidad con los lectores. En un panorama gris y de cierta uniformidad del campo periodístico, *LT* rápidamente se destacó porque “publicaba lo que los grandes medios no publicaban y lo que muchos querían leer” (Villar: en Bergero y Burton, 2022, p.159), ganó socios, adhesiones y publicidades, y se convirtió en una publicación esperada por

ciertos sectores sociales, sobre todo de clase media e interesados en la política. Como afirmaba Villar, a lo largo de su historia “*La Trastienda* mantuvo la llegada a la comunidad neuquina más politizada, aunque nunca pudo ser un medio de inserción masiva. Pero sí, formadora de opinión, de denuncia y de oportunidades para quienes querían expresarse” (en: Tarantino, 2020, p.87).

Al recorrer sus páginas, es posible distinguir una línea editorial regida por dos objetivos concretos. Por un lado, la defensa de los recursos e intereses neuquinos –en clave federal- por sobre las apetencias del gobierno nacional (como adelantaba el primer editorial). Por otro, la lucha por el regreso al estado de derecho. Tengamos presente que en Neuquén el inicio del “deshielo” se produjo a partir de 1981, cuando voces críticas a la dictadura comenzaron a ganar espacio público. Así, en cada uno de sus números el semanario focalizaba en las noticias sobre la reorganización de los partidos políticos, los sindicatos, el movimiento estudiantil y otros organismos, agrupaciones colectivas que consideraban un elemento central para hacer realidad el retorno de las libertades públicas y la recuperación de la democracia, en un momento de incremento de la protesta social y en el que el gobierno militar se encontraba en crisis, pero que no se resignaba a dar pasos claros para la normalización política⁷. Como rememoraba Ricardo Villar:

Eran tiempos de reuniones pese a las restricciones de las libertades imperantes. La dictadura estaba firme pero no como un año antes (...). Había una sociedad que buscaba formas de escapar a los cepos. Se hablaba y se discutían cuestiones de gobierno. (...) Ya se hablaba de elecciones en tiempos lejanos y ese clima debía ser ayudado con publicaciones que empujaran la marcha a la democracia (en: Bergero y Burton, 2022, p.158).

Asimismo, el discurso crítico fue una característica del periódico, y, si bien algunos de sus periodistas militaban en el radicalismo o tenían afinidad con ese partido, esa situación no condicionaba ni restringía la mirada. Como recuerda Walter Pérez: “era un periodismo independiente, que no tenía vinculación con ningún sector en particular, se trabajaba con libertad, se le pegaba a quien había que pegarle”. De todas formas, los editoriales y artículos de opinión se publicaban sin firma o con seudónimo para resguardarse, pero también porque el *Río Negro* “era muy celoso con sus periodistas” (entrevista, 12/06/2023).

La buena recepción de su proyecto editorial llevó a que la pareja fundadora propusiera que la publicación pasara a tener una periodicidad semanal. Fue una decisión difícil por una serie de

⁷ Sobre la “transición democrática” en Argentina, ver: Franco (2018); y en Neuquén: García (2018) y Rafart (2019).

cuestiones a afrontar que el mismo periódico transparentó: “por una crisis económica (...); por la autocensura enseñoreada en el campo de las ideas por motivos hartamente conocidos; por la falta de costumbre de nuestra gente de recibir una publicación cada 30 días” (*LT*, 07/10/1981). Finalmente, fue un desafío que tanto Hugo y Bettina como todo el plantel asumieron con compromiso. Entonces, a partir de octubre de 1981 comenzó una segunda etapa para *LT*, que modificó algunas cuestiones de diagramación y diseño (como resignar la tapa a color, pasar a imprimirse en papel de diario, y a tener sólo 12 páginas y luego 8), pero ganó en presencia y mayor circulación en la sociedad neuquina, hasta el punto que el propio gobierno municipal y provincial elegía el medio para difundir las licitaciones o determinadas convocatorias. Entonces, cuando se produjo el desembarco en las islas Malvinas, *LT* ya transitaba su segundo año circulando en la sociedad neuquina, en formato de semanario pero con la misma línea editorial del inicio.

La prensa frente a la guerra de Malvinas: el caso de *La Trastienda*⁸

La guerra de Malvinas no hizo más que profundizar los lineamientos y características generales de las políticas de “acción psicológica” del régimen (incluyendo su dimensión productiva –de propaganda- como restrictiva y de control). Si bien hubo cambios a nivel organizacional y se establecieron nuevas pautas acordes a la coyuntura bélica, las mismas estuvieron caracterizadas por esa misma vaguedad y falta de definición, que terminaba centralizando la

⁸ Para abordar la prensa en el marco de la guerra de Malvinas, el apartado se basa en la investigación clave de Escudero (1996) y el documental “Los medios de la guerra” (Telam y RTA, 2022). Para casos particulares en: Díaz (2022) y Burkart (2013). Sobre la circulación de fotografías en el conflicto: Sánchez (2011) y Gamarnik (2015). Para el caso del diario *Río Negro*, ver: Dutto (2010). Luego, todo lo reconstruido aquí sobre la “acción psicológica” en el conflicto se basa en el informe sobre la Acción Psicológica realizado por la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur (CAERCAS) en 1983, e incluido en los anexos del denominado “Informe Rattenbach” (Tomos IX y X). Es de destacar que allí se define la “acción psicológica” como “acciones destinadas a las mentes de los individuos con la finalidad de influir en las opiniones, emociones, actitudes y conductas de los grupos amigos, neutrales y enemigos, de tal manera que apoyen la realización de los objetivos propios” (CAERCAS, 1983, p.1793). El análisis en profundidad de la “acción psicológica” tal como fue organizada y desarrollada durante la guerra de Malvinas para los múltiples públicos excede ampliamente el objeto de este trabajo. Por la problemática de estudio elegida, explicaré los lineamientos generales de la “acción psicológica” destinadas a la opinión pública interna, y en particular aquellas medidas dirigidas a la prensa gráfica.

responsabilidad de decidir qué publicar y cómo hacerlo en los editores y directores de los medios.

En términos estrictos, prácticamente durante todo el mes de abril no existió una campaña integral de “acción psicológica”, porque el plan de operaciones del desembarco no incluyó esa dimensión en su planificación. Entonces, recién el 3 de abril comenzó a organizarse la campaña hasta que se estableció el Plan de Comunicación Social “Recuperación de Malvinas” el 10 de abril, pero entre modificaciones y reestructuraciones recién fue implementado y emitido como “Esquema general de la Campaña de Acción Psicológica sobre Malvinas” el 20/21 de abril. Para colmo, recién a partir del 29 de abril los medios dispusieron de normas que regulaban el control de la información del conflicto. Por ende, durante abril la improvisación fue la regla, lo que en ocasiones profundizó la autocensura.

En general, como indica la CAERCAS, “toda la AP [Acción Psicológica] realizada estuvo destinada a la preparación para la guerra y la definición militar del conflicto” (CAERCAS, 1983, p.1816-1817), lo que se contradecía con el plan original de tomar las islas para retomar las negociaciones diplomáticas.⁹ Y si bien la opinión pública interna fue dejada en segundo lugar en los planes¹⁰, de todas formas los lineamientos generales que establecían el tenor de la información suministrada por las agencias de noticias, las propagandas y los discursos de las autoridades destinados a la población estuvieron caracterizados en muchos casos por ese belicismo y triunfalismo, o por una ambivalencia entre la intransigencia que conducía a la guerra y la flexibilidad para aceptar un acuerdo diplomático que implicaba concesiones.

⁹ El “Esquema para la Campaña de Acción Psicológica sobre Malvinas” incluía distintos objetivos según el público (interno, externo e isleño). El objetivo general destinado al público interno –vinculado a esta investigación– era “mantener alta la moral con vistas a un eventual empeñamiento del combate en condiciones presumiblemente desventajosas”, que se encarnaba en varios objetivos particulares. Uno de ellos se proponía: “Infundir en la población y público interno militar confianza en el triunfo final de la posición argentina, demostrando la debilidad estratégica de la flota inglesa y exaltando el poderío de sus Fuerzas Armadas.” Como indicaba la CAERCAS, ese objetivo “nunca debió incluirse puesto que es contrario a la finalidad misma de toda la operación: lograr la solución mediante la negociación” (CAERCAS, 1983, p.1814).

¹⁰ La mayoría de la “acción psicológica” estuvo destinado a la opinión pública externa. Este descuido del impacto del conflicto en la propia sociedad argentina según el EMC se debió a que la Junta Militar afirmó que no quería controlar los medios propios (CAERCAS, 1983, p.1802). Si bien esto no fue corroborado, de todas formas, en ocasiones puntuales el EMC ejerció “acción psicológica” sobre el público interno, como durante el episodio de la toma de Georgias por las tropas británicas.

Esa ambivalencia aparece claramente en la Directiva de Comunicación Social para el PELCOS (Principal Elemento de Comunicación Social) que realizó el Estado Mayor Conjunto (EMC) el 21 de abril, órgano de incumbencia directa en el accionar de los medios de comunicación. La Directiva se proponía la misión imposible de “mantener el factor psicosocial nacional entre los límites deseables para apoyar una expectativa de esfuerzo militar, heroísmo, sacrificio y la flexibilidad apropiada para aceptar una negociación honorable” (CAERCAS, 1983, p.1953). Y a continuación fijaba una posición de mínima como objetivo: “1- Soberanía sobre el archipiélago, 2- Gobierno Argentino en las islas ocupadas, 3- No se negocia bajo coacción militar enemiga”; como indica la CAERCAS, este posicionamiento inhabilitaba cualquier “negociación que pueda ser considerada lógica, habida cuenta que GB [Gran Bretaña] ya tenía desplegado un poder de combate que hablaba a las claras de no ceder a nuestra postura” (CAERCAS, 1983, pp.1816-1817). Pero a la vez incluía otros objetivos que contradecían esa intransigencia inicial, como “mantener una adecuada racionalidad en la actitud de la población, que permita aceptar los resultados de una negociación honorable, cuidando que ello no enerve la necesaria emotividad de apoyo a las acciones militares previstas”. Asimismo, la directiva se proponía otros fines de cara a fortalecer la unidad y consenso en el frente interno: “sostener la cohesión nacional por la recuperación”, mostrando movilizaciones, acciones de solidaridad y adhesiones; “destacar la incuestionable posición occidentalista” de Argentina; “evitar la saturación del tema” en los medios, alternando con otros temas internacionales y “sin dar énfasis a temas conflictivos de carácter nacional” (CAERCAS, 1983, pp.1953-1954).

Con esos objetivos en vista, la Directiva establecía una serie de lineamientos que debían seguir los medios de comunicación. Allí se determinaba desde la necesidad de difundir determinado sentido del conflicto en el que Argentina aparecía como víctima de la agresividad británica (“reiterar que la operación del 2 de abril se produce luego de agotada la paciencia y ante las circunstancias de agresión británica en las Georgias”), hasta cuestiones que hacían a lo delicado de sostener tratativas diplomáticas en un conflicto dentro del mismo Occidente en el marco de un mundo bipolar: “sostener la impresión de la parcialidad de EEUU” y mostrar que Argentina no pretende aceptar las propuestas de URSS y Cuba.

En estas pautas también encontramos las tensiones entre la preparación para la guerra y la paz, en tanto y en cuanto otros dos objetivos propugnaban equilibrar la información de las operaciones militares y las negociaciones, y presentar información sobre el accionar británico,

pero sin sobredimensionarlo. Y, claro, incluía otros lineamientos destinados a fortalecer el consenso interno al conflicto, evitar fricciones entre las fuerzas, y sostener la imagen de las tropas argentinas en las islas, cuando sugería “observar una disciplina en los medios para no menoscabar nuestras reales capacidades, evitando en consecuencia señalar la juventud de nuestros soldados o la obsolescencia de nuestro material bélico” (algo que ya se había pedido previamente al solicitar que no se difundieran fotografías de conscriptos) (CAERCAS, 1983, pp.1954-1955; p.1959).

Como se ve a continuación, estos lineamientos fueron seguidos por las Pautas de control de la información por razones de seguridad, que fueron distribuidas en todos los medios:

a. Seguridad Nacional

Evitar difundir información que:

- 1-Produzca el pánico
- 2-Atente contra la unidad nacional
- 3-Reste credibilidad y/o contradiga información oficial
- 4-Socave la convicción respecto a los derechos argentinos
- 5-Pueda generar disturbios sociales, alterando con ello el orden interno
- 6-Genere sentimientos y/o actitudes agresivas respecto de personas y/o intereses de la comunidad británica
- 7-Tendenciosamente procure afectar la relación con otros países
- 8-Procendente del exterior, apunte a facilitar el logro de los objetivos psicológicos del oponente

b. Desarrollo de operaciones militares

Evitar difundir información que:

- 1-Sin provenir de fuente oficial, se refiera a operaciones militares argentinas
- 2-Proviendo del exterior, exalte el poderío británico y/o minimice el propio
- 3-Originada en el exterior o en el País, mediante el empleo de material de archivo, simule operaciones del conflicto
- 4-Sin previa autorización del EMC, haga referencia a unidades militares, equipos y/o personal militar
- 5-Permita conocer el pronóstico meteorológico del Atlántico Sur
- 6-Refleje el movimiento de medios de transporte en el Río de la Plata y el litoral marítimo
- 7-Destaque alianzas militares y neutralismo activo en favor de Gran Bretaña (CAERCAS, 1983, pp. 1855-1856).

Entonces, como en toda guerra, en el conflicto del Atlántico Sur también se establecieron pautas de “acción psicológica” para sostener el consenso del frente interno, combatir las imágenes difundidas por el enemigo y evitar la circulación de información sensible para las operaciones. Sin embargo, la amplitud de las Pautas y la falta de una política integral y coherente de “acción psicológica” llevó a que los editores y directores responsables fueran los encargados de definir qué información podían difundir en función de su “sentimiento patriótico”, como indicaba el documento al final: “Las presentes pautas tienden a dar una idea de carácter general, sin perjuicio de eventuales modificaciones posteriores y fundamentalmente que el

espíritu de la acción será el natural sentimiento patriótico y responsabilidad de quienes la instrumenten”. Esta indefinición, la falta de información y el inadecuado control realizado desde el EMC –por múltiples variables¹¹- motivó que la incertidumbre y la arbitrariedad fueran moneda corriente en la labor del periodismo: por caso, el régimen clausuró algunos medios solo en forma esporádica y como medidas ejemplares, y dejó actuar libremente a otros que cometieron las mismas transgresiones que los penados.

En esta coyuntura, en términos generales, los grandes medios escritos de tirada nacional dieron su apoyo al desembarco en forma explícita y entusiasta, y desplegaron un belicismo y triunfalismo que en muchos casos fueron mucho más allá de las Pautas y de los propios comunicados de las autoridades. Si bien hubo diferencias en los posicionamientos particulares de cada uno de los medios en cuanto a qué lugar dar a otras demandas y a la conflictividad social en el marco de un amplísimo consenso y fervor patriótico (Díaz, 2022), en términos generales los diarios caracterizaron por el “síndrome de permeabilidad de la información”, en tanto el conflicto pasó a ser el tópico central atravesando todas sus secciones, y las revistas de actualidad por el “síndrome de malvinización de la información”, ya que la superficie de las mismas se dedicó casi íntegramente al conflicto (Escudero, 1996, pp.63-71). Ambos procesos condujeron –como indica Lucrecia Escudero (1996)- a un lector “prisionero”, que estuvo sometido a un constante bombardeo de información sobre la guerra, en muchos casos belicista y triunfalista. Asimismo, como los escuetos comunicados del gobierno y las noticias de los corresponsales autorizados –a su vez controlados- no alcanzaban a satisfacer la avidez de información, los medios cubrían esos vacíos apelando a fuentes extranjeras –prohibidas- y a

¹¹ Como vimos, durante la dictadura, los operativos de “acción psicológica” estuvieron plagado de dificultades por la superposición de funciones en distintas áreas y fuerzas y el poco personal, el no disponer de pautas unificadas y claras, etc. (Risler, 2018). Si ya se arrastraban problemas, para colmo frente al conflicto del Atlántico Sur el Comité Militar optó por dejar a cargo de la “acción psicológica” al EMC, que no tenía experiencia al respecto -solo se había hecho cargo en momentos puntuales como frente al conflicto del Beagle. La ausencia de una cadena de mandos clara, el no respeto de la autoridad del EMC y de las pautas indicadas, la multiplicación de funciones por parte de distintas áreas con propias lógicas, la urgencia de una tarea que no había sido prevista –que a su vez era enorme-, sumado a una estructura que debió montarse sobre la marcha con poco personal y recursos, la poca experiencia en “acción psicológica” en una “guerra convencional” (frente a un enemigo con amplísima experiencia), son algunos de los factores clave que CAERCAS identifica para explicar los errores, improvisaciones y deficiencias que caracterizó a la misma. A ello hay que sumar la falta de escrúpulos de algunos militares, responsables de acciones poco éticas y hasta delictivas que se produjeron en el conflicto.

veces a su propia imaginación. Tengamos presente al respecto que las Pautas solo consideraban censurar a las publicaciones que atentaran contra la seguridad nacional, pero nunca dispusieron controlar o moderar aquellos medios que fueran demasiado triunfalistas.

En Neuquén, el posicionamiento del diario *Río Negro* adquirió estas mismas dinámicas, en cuanto al apoyo entusiasta al desembarco y a la “permeabilidad” de la información, que luego fue mesurando a medida que avanzaba el conflicto, como analiza Dutto (2010). Sin embargo, ello debería ser matizado si prestamos atención a algunas noticias sobre actores locales que advertían sobre los riesgos del desembarco y que luego se opusieron a la guerra –como la Iglesia Católica neuquina- y a determinadas editoriales que se salían del belicismo, y planteaban sensatamente los riesgos de llegar a una guerra y la necesidad de tener presente que en toda negociación siempre hay concesiones.

En este panorama, ¿cómo el periódico neuquino *LT* cubrió el conflicto bélico y cuál fue su posicionamiento frente al mismo? ¿Cómo se articuló el mismo con la línea editorial del periódico? ¿Cuál fue el grado de acatamiento a las Pautas de control de la información por parte del semanario?

A lo largo del conflicto, *LT* publicó 9 números de 8 páginas cada uno. Todos ellos cumplieron con la frecuencia semanal de rigor, excepto el número de fines de abril que tardó 15 días en publicarse.¹²

En principio, desde un análisis cuantitativo, el semanario dedicó un 35% de la superficie del diario a noticias vinculadas al conflicto, ya fuese de análisis de la contienda en sí como su impacto a nivel local; porcentaje sensiblemente menor al 90% de las revistas de actualidad, y en sintonía con el correspondiente al de los diarios de tirada nacional (Escudero, 1996, pp.85-86). Y si bien Malvinas fue un tópico indudablemente central, porque en todas las ediciones –a excepción del número 35- el conflicto fue nota de tapa, sin embargo, la agenda del semanario neuquino continuaba siendo amplia y diversa, y no se limitó a reflexionar únicamente sobre el conflicto. Es decir, si bien es posible identificar el “síndrome de permeabilidad de la información” que identificó Escudero (1996) (en tanto y en cuanto ese tópico atravesó las secciones normales del semanario), sin embargo, no hubo una “malvinización” de la información. Aun en los números de abril a junio, *LT* incluye noticias

¹² No ha sido posible identificar la causa de esa demora, dado que el periódico no la menciona y los entrevistados no la recuerdan.

educativas, deportivas, sindicales, políticas, económicas y generales que hacían a la cotidianeidad de los neuquinos; y nunca el conflicto ocupó más del 50% de un número. Además, a diferencia de los diarios de tirada nacional e incluso regional, *LT* no publicó ediciones especiales tras el 2 de abril, sino que por el contrario el primer número tras el desembarco recién salió el día 8, respetando la frecuencia semanal.

Entonces, ya desde el análisis cuantitativo encontramos un periódico que no siguió el lineamiento general de la prensa y revistas de tirada nacional. Tal vez, su intencionalidad de continuar relativamente con la agenda propia, es decir descentrarse del foco reducido del conflicto y ampliar la mirada, pueda ser un indicio de su actitud frente al mismo: una inalterable moderación frente a la contienda, que implicaba una constante búsqueda por desprenderse del fervor patriótico y ver “la trastienda” de la información.

Ese posicionamiento se corrobora en el análisis cualitativo del semanario, al estudiar cada una de las noticias, y sobre todo los editoriales incluidos en las notas de tapa dedicadas al conflicto, teniendo presente desde el orden y jerarquización de la información hasta el contenido en sí de los artículos. De hecho, la nota de tapa del primer número tras el desembarco constituía una verdadera declaración de principios de la línea editorial del semanario frente al conflicto (*LT*, 08/04/1982). Bajo el titular “Después de la euforia”, *LT* sorprende por la sensatez, mesura y claridad de su mirada, en pleno clima de fervor patriótico. Allí el periódico dejaba asentado su posicionamiento frente al conflicto, que sostendría casi permanentemente hasta el último número antes de la derrota: el consenso al desembarco en las islas del Atlántico Sur por la justicia de la causa de soberanía, pero una continua advertencia de los peligros, desafíos y riesgos que entrañaba este accionar, destacando la gravedad de la situación. Es por ello que el semanario insistió una y otra vez en la necesidad de resolver este conflicto mediante negociaciones, y no llegar a una guerra.

En esa nota, entonces, *LT* expresaba su “satisfacción” por la “recuperación” al igual que todo argentino, aunque dejaba abiertas dudas sobre el motivo real tras el desembarco (cuestión que también había sido planteada por la Iglesia católica neuquina en un comunicado, Rodríguez, 2022). De todas formas, el eje del editorial consistía en identificar cada uno de los peligros que entrañaba esta delicada situación que abría “dramáticos interrogantes”.

Por un lado, sin pelos en la lengua, advertía sobre la necesidad de evitar una guerra porque el enemigo era más poderoso que nuestras fuerzas. Así, caracterizaba a la *Royal Navy* como

“una poderosa flota inglesa, equivalente a más del 50% del poderío total de aquel país. Una flota que es considerada la tercera en el mundo –detrás de la URSS y los EEUU- y con una legendaria historia como juez supremo de su comportamiento”. Más aun, luego afirmaba que su orgullo había sido herido, y por eso buscaría reparar la afrenta, para evitar caer más “en el ranking de las potencias de mundo” (*LT*, 08/04/1982). Esta mirada acertada del poderío bélico de Gran Bretaña, que estaba en las antípodas de la propaganda oficial que minusvaloraba a la “potencia vetusta” y a sus soldados (Lorenz, 2013), llama la atención porque su publicación podría desmoralizar a la opinión pública y debilitar el apoyo al conflicto. Aun cuando todavía el gobierno no había publicado las pautas de control de la información ni el esquema general de la campaña de “acción psicológica”, sorprende este planteo tan crítico en un momento de plena efervescencia patriótica que no medía circunstancias ni capacidades del oponente.

Por otro lado, y como corolario de lo anterior, hacía hincapié en la necesidad de resolver la situación en la arena diplomática. Sin embargo, en ese campo también identificaba cada uno de los desafíos con lucidez, ya que advertía que con la justicia de la causa de soberanía no alcanzaba para triunfar en las tratativas (a contracorriente de los discursos oficiales y del humor público), porque los países se movían en el tablero internacional respondiendo a sus intereses, no necesariamente a la ética o moral. Entonces, Argentina tenía que evaluar bien qué ofrecía a los países centrales para lograr el apoyo de los poderosos en las negociaciones y salir airosos. E insistía en lo delicada de la situación creada tras el desembarco: “Solo se sabe que los dos países han extremado la tensión de la cuerda. Cualquiera de los dos países que ceda un ápice de terreno perderá prestigio, y ninguno de ellos, ya por dignidad, ya por una situación real y actual lo puede hacer” (*LT*, 08/04/1982).

Frente a esta situación, *LT* convocaba al compromiso de todos los argentinos y neuquinos en esa coyuntura difícil. El semanario advertía que, si bien muchos ciudadanos tenían dudas sobre el operativo, ahora no era el momento oportuno para profundizar sobre ellas, sino que la “gravedad” de la situación exigía enfrentarla con responsabilidad y seriedad, más aún tras los primeros costos humanos del conflicto: “La muerte de uno de sus hijos ha demostrado a la comunidad neuquina que nadie está exento de riesgos en esta etapa”. Con el recuerdo fresco de la muerte del joven neuquino Jorge Águila, *LT* demandaba a todos –gobierno, FF.AA. y sociedad- estar a la altura de las circunstancias: no había lugar “para indiferentes y

descreídos”, ni para calculadores y “alarmistas” (*LT*, 08/04/1982). Finalmente, guardaba los últimos párrafos del extenso editorial para advertir –como tantos otros opositores a la dictadura– que el conflicto no suprimía los problemas que atravesaba la sociedad argentina en los otros órdenes, los dejaba en un segundo plano, pero no los eliminaba ni pasaban al olvido. Era menester volver a ellos una vez resuelta la emergencia en el sur.

En esta primera nota de tapa tras el 2 de abril, es posible identificar la actitud del semanario frente al conflicto, que sostendría a lo largo de los 74 días de la contienda: una mirada equilibrada, sensata y moderada del conflicto, lejos de cualquier exabrupto nacionalista, belicista y triunfalista. Desde una perspectiva crítica, *LT* explicitaba su posicionamiento en esa coyuntura: a) respaldo al desembarco en el archipiélago entendido como “una recuperación”, aunque –con tensiones– sugería dudas sobre el motivo del operativo y la oportunidad del mismo; b) insistencia en la gravedad de la situación, y por ende en la necesidad de resolver el conflicto diplomáticamente y evitar un enfrentamiento armado; c) cuestionamiento al régimen militar en otras dimensiones y continuidad de sus demandas.

Sin dudas, esta mirada mesurada y el sentido dado al conflicto por *LT* fueron favorecidos por la frecuencia de la publicación: el hecho de que el primer número tras el desembarco se publicara recién el 8 de abril, le permitió –al plantel– sustraerse del fervor patriótico inicial, y tener una mirada más distanciada. Asimismo, el tratarse de un número escrito bajo el impacto de la muerte del primer caído neuquino (el soldado Jorge Águila, un joven humilde del interior rural de Neuquén), puede haber sido otro factor que explique la medida de la publicación (así como de otros actores locales frente a la guerra, como la Iglesia católica; Rodríguez, 2022).

Si bien con tensiones y contradicciones –como veremos–, a lo largo del conflicto *LT* dio su consenso al desembarco considerándolo una acción legítima y justa, calificándolo de “reivindicación histórica para la dignidad nacional”, “cruzada” (*LT*, 15/04/1982) y “gesta” (*LT*, 29/04/1982). A medida que el conflicto avanzaba y se iban definiendo las posiciones en el tablero internacional, el semanario incorporó una interpretación antiimperialista del conflicto de amplia difusión en ese entonces: en un juego de espejos, *LT* al mismo tiempo que destacaba el apoyo de los amigos de siempre –los países latinoamericanos–, denunciaba el papel de EEUU y Gran Bretaña, las potencias colonialistas a las que no les importaban los argumentos del derecho ni la justicia de una causa, sino que se regían solo por intereses materiales y por la fuerza del hecho. El desembarco, entonces, no solo era una causa legítima para Argentina,

sino también para esa Latinoamérica oprimida, asediada y subdesarrollada, pero ahora unida (LT, 29/04/1982; LT, 13/05/1982). Como afirmaba en la nota “Las cosas que la guerra nos mostró y nos debe enseñar”:

Son justamente las mismas cosas que los argentinos veníamos discutiendo desde hace 6 años, con la política económica que decidió poner en práctica el Proceso y que ahora la guerra vuelve a poner sobre el tapete, con total crudeza. No podemos resignarnos –por razones sociales y de soberanía- a ser solamente un simple proveedor de materia prima y tener un esbozo de industria agroindustrial, al que poco a poco nos está llevando la conducción económica. No se nos puede encajar en una división internacional del trabajo, en la que siempre nos tocará -por falta de posibilidades- hacer el papel de víctimas.

Los argentinos y latinoamericanos no podemos resignarnos eternamente a ser los parias de la humanidad. No es ese el país que debemos dejarles a las generaciones futuras, simplemente porque no somos inferiores en ningún aspecto, como piensan buena parte de nuestras clases “acomodadas” e intelectuales de medio pelo... (LT, 13/05/1982)

De todas formas, en varias ocasiones el semanario planteó entrelíneas o en forma desembozada algunos interrogantes sobre los motivos del desembarco y luego la guerra (a partir del inicio de los enfrentamientos el 25 de abril con el ataque a las islas Georgias y sobre todo tras el 1° de mayo en el archipiélago malvinense), que venían a cuestionar la legitimidad del conflicto por otras cuestiones: el momento en el que se produjo, el carácter del gobierno que realizó el operativo y el uso que estaba haciendo del mismo. Es que el cuestionamiento frontal a la dictadura militar condujo al semanario a hacerse preguntas sobre la trastienda de la decisión del desembarco y su uso en política interna, como veremos a continuación. De hecho, a lo largo de todo el conflicto, *LT* insistió en la ilegitimidad e ilegalidad del régimen militar, en su carácter represivo y cruel, en sus políticas económicas antinacionales y desindustrializadoras, que impactaban en los trabajadores y en las provincias del interior del país, como Neuquén. Asimismo, mantuvo vigentes sus demandas previas a la guerra, sobre todo el regreso al estado de derecho y el cambio del rumbo económico, mediante un argumento sostenido por muchos opositores de la dictadura: no era suficiente luchar por la soberanía territorial, había que pelear por la soberanía integralmente entendida.

Esta justa, pero lamentable guerra, es un elemento que debemos poner en la balanza en esa discusión, porque no podemos pagar el precio de tantas vidas por la soberanía territorial y terminar resignando luego la económica en manos de capitales que provienen de países que demostraron que no son nuestros verdaderos aliados y representarían un peligro potencial muy grave, con esos resortes económicos en sus manos (...).

Si no se comprende que la soberanía no es solamente una cuestión territorial, sino que debe necesariamente extenderse a lo político-económico, lo social y lo cultural, todo este tributo de sangre y el sacrificio que nos queda por hacer, será inútil e injustificable (LT, 13/05/1982)¹³.

¹³ En ese sentido, el periódico insistió en la defensa de los recursos neuquinos frente a dos políticas nacionales que perjudicaban a la provincia: la exportación del gas del yacimiento

El semanario, entonces, no deslindaba su comportamiento frente a la dictadura y al conflicto internacional, sino que incluía su mirada crítica del régimen militar en la propia interpretación de la coyuntura abierta a partir del 2 de abril. Es por ello que tanto cuestionaba al régimen, como insistía en la gravedad de la situación “decidida por unos pocos”, en cada uno de los riesgos y costos que deberían enfrentarse de llegar a una guerra y, por ende, en la necesidad de resolver el diferendo mediante negociaciones diplomáticas.

En tal sentido, la edición del 15 de abril fue, a la vez, la que más espacio le dedicó a la contienda, la que extremó su mirada preocupada y angustiada por la evolución del conflicto, y la única en la que desplegó una oposición integral, incluso al desembarco en sí. En “Los peligros de la hora”, *LT* se explayaba nuevamente sobre cada uno de los riesgos de la situación creada a partir del 2 de abril. A lo ya dicho en su número anterior sobre la “desventaja” de poder en el ámbito diplomático y bélico de Argentina frente a Gran Bretaña, sumaba otros tres. En primer lugar, la (im)posibilidad de sostener económicamente el conflicto para un país ya empobrecido y en crisis:

Por encima de las fervorosas declaraciones patrióticas de políticos, gremialistas y empresarios, parece necesario determinar hasta qué punto el país está preparado para afrontar la situación de emergencia a la que fue llevado. Puede abundar voluntad (...). Lo que es escaso, ciertamente, es la cuota de recursos reales que el país tiene para hacerlo (*LT*, 15/04/1982).

En segundo lugar, los costos humanos en una acción decidida por un gobierno ilegal. En tercer lugar, la gran incertidumbre política que se había abierto a partir del nuevo escenario creado intempestivamente tras el 2 de abril, en tanto la unidad nacional y el gran consenso social podía ser -o más bien estaba siendo- utilizado por un régimen de facto en crisis para buscar margen político y ganar tiempo; más aún, para postergar reclamos que eran urgentes:

Para el plano político quedan no pocas reflexiones de tono igualmente pesimistas. Argentina parece enfrentarse en ese campo a uno de sus peores momentos, cual es el de suponer que un gobierno de fuerza, impuesto contra la Constitución, no solo puede asumir por decisión propia actitudes que involucren a todo un país y tengan una gran incidencia en su futuro inmediato y mediato, sino que después de hacerlo se puede lanzar, como cosa complementaria, a la búsqueda de consenso, obteniéndolo.

Así, el uso que el régimen pretenda hacer en adelante de los sentimientos patrióticos, constituirá sin dudas el más grave escollo con que se enfrenta el futuro del país. (...)

Loma de Lata a EEUU, sin ningún tipo de procesamiento (proyecto LNG 1), y la privatización de YPF e Hidronor; ambas finalmente anuladas. Además, dichas políticas económicas demostraban que el antiimperialismo tan proclamado por el régimen desde lo discursivo, no se sostenía en lo práctico. Por ende, *LT* desnuda el uso instrumental y deshonesto que la dictadura hacía del antiimperialismo (*LT*, 20/05/1982 y 27/05/1982).

De ese modo, cada joven argentino que caiga en el frente, cada cuota de sacrificio económico o político que se imponga a la sociedad en el futuro, en aras de la situación de emergencia vivida, será pues su propia responsabilidad (*LT*, 15/04/1982).

El semanario advertía sobre los usos políticos que estaba realizando –o haría en el futuro- el régimen militar para la construcción de consenso, para acallar los disensos, hacer su voluntad, y postergar lo impostergable: la apertura política, el regreso al estado de derecho y el cambio de las políticas económicas “antinacionales”, como planteaba en otras columnas (*LT*, 15/04/1982; *LT*, 29/04/1982; *LT*, 13/05/1982). Desplegando una mirada valiente, lúcida y realista de la situación, que en nada se correspondía a la actitud de los grandes medios, *LT* afirmaba:

También existe una tendencia a imponer la idea (mediante la pesada carga de la propaganda oficial) de que la relativa unidad lograda por los acontecimientos en el Atlántico Sur, será la base para superar mágicamente los enfrentamientos del pasado, que en realidad no son del pasado sino olvidados temporalmente en el presente. Pareciera necesario aclarar que esos enfrentamientos no son gratuitos, que han surgido de problemas que alguna vez deberán ser resueltos, por encima de cualquier sentimiento patriótico. **Pero Patria no es otra cosa que este país destruido y empobrecido, lanzado temerariamente a la posibilidad de un conflicto.** Es verdadero sentimiento patriótico admitir esa realidad y transitar el camino que lleve a enfrentar aquellos problemas, aunque ello suponga un disenso que destruya la ilusión de unidad, solamente impuesta por el régimen para obtener su propio margen político (*LT*, 15/04/1982. Destacado propio).

Esta tenaz oposición a la dictadura, a su decisión de recuperar las islas sin medir los riesgos y posibilidades (más allá de la justicia del reclamo), y a que el conflicto internacional pudiera devenir un enfrentamiento bélico, se completaba con dos noticias sobre el impacto regional del conflicto. Por un lado, la contratapa (el segundo espacio privilegiado del semanario por su visibilidad) se dedicaba a la noticia sobre el “Vía crucis a la barda” organizado por la Iglesia católica y en el que participaron miles de personas para orar por “la paz, por los problemas de orden social, y por las madres de los desaparecidos”. Por otro lado, la edición también cubría el masivo recibimiento del cuerpo del soldado Jorge Águila en Cutralco, noticia que ocupaba una página entera. Más que el texto en sí, en el que describía en forma sencilla la multitudinaria recepción de más de 5000 personas, lo que sorprende es una de las imágenes incluida: la foto del abuelo del joven conscripto con el rostro apesadumbrado y afligido, apoyado en su bastón y llevado por otras dos personas de los brazos, con las pertenencias de Águila en la mano -la gorra del uniforme y una bandera argentina (la otra imagen era del sepelio). Lo llamativo no consiste solo en encontrar esta foto desgarradora en plena preparación militar para el conflicto (tengamos presente que en toda guerra lo primero que se oculta es la muerte en toda su dimensión), sino también la decisión de *LT* de no atemperar el impacto de la imagen incluyendo

una clara justificación de la muerte con el clásico culto patriótico a los caídos, como hacían otras publicaciones de la época (Sánchez, 2011). Por el contrario, luego de hacer un breve recorrido sobre la corta vida de Águila, la nota finalizaba explicando dicha imagen: “En la fotografía, el abuelo del conscripto regresa del entierro portando una enorme pena y en sus manos los testimonios que le dejó la patria por la entrega de una joven vida...” (LT, 15/04/1982), sugiriendo al pasar el sacrificio patriótico.

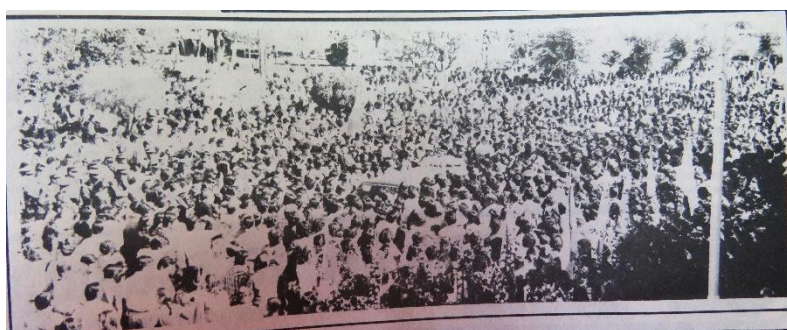


Figura 1: Imágenes incluidas en “Sepelio del conscripto Águila”, LT, 15/04/1982 (Fuente: archivo personal de la autora)

Entonces, tanto los editoriales de tapa, las columnas de opinión del interior, como la inclusión de estas noticias sobre el impacto local del conflicto en espacios centrales de la publicación, convierten a este número en un verdadero grito por la paz, ampliando los márgenes de lo

decible y yendo a contracorriente del belicismo reinante. En este número, y en forma excepcional, *LT* fue más allá de lo que había planteado en su edición anterior y de lo que haría en las siguientes. Ya no se trataba solo de explicar la gravedad de la situación sin cuestionar la legitimidad del desembarco, sino con el objeto de plantear la necesidad de resolver el diferendo diplomáticamente. Ahora, lo que se ponía en primer plano en el editorial era el hecho de que el gobierno de facto hubiese decidido el operativo del 2 de abril sin medir riesgos, lo que invalidaba la legitimidad del propio desembarco. No se cuestionaba el reclamo soberano, sí el método y momento elegido para recuperar las islas.

¿Cómo explicar la radicalidad de esta edición? Para comprender integralmente y en su contexto este “salto” en su posicionamiento, es necesario tener presente dos factores. En primer lugar, que el cuestionamiento al desembarco en el archipiélago aparecía al final del editorial, como un corolario de la explicación sobre los peligros que se cernían sobre la sociedad argentina desde el 2 de abril. Es decir, no era una oposición frontal y abierta desde el titular o que se explicitaba al inicio de la columna, sino que se llegaba a ella luego de demostrar la gravedad de la situación y “los peligros de la hora”. En segundo lugar, resulta nodal inscribir este número en la coyuntura de mediados de abril. Para esa época, el impacto de la noticia del desembarco había menguado y, entonces, habían comenzado a circular algunas críticas y a visibilizarse otras demandas que se habían acallado –o dejado en segundo lugar- tras el “paréntesis” abierto el dos de abril. Es decir, algunos sectores opositores al régimen habían vuelto a expresar públicamente sus reclamos –aunque adaptados al contexto- y a expresar interrogantes sobre los motivos del desembarco, tras el desacople inicial producto de la sorpresa por la noticia del desembarco.¹⁴

¹⁴ Burkart (2013) abordó este desacople en el caso de la Revista *Humor*, opositora a la dictadura. De hecho, es posible identificar esta microcoyuntura de mediados a fines de abril como un momento de mayor circulación de cuestionamientos y de visibilización de otras demandas, por parte de dirigentes políticos, gremiales, de organismos de DDHH o referentes vinculados a ellos. Ello se ve corroborado en el Plan inicial de Comunicación Social que realiza el EMC el 10 de abril cuando argumenta la necesidad de diseñar dicha campaña en el siguiente diagnóstico: “Apoyando la aproximación de la Flota, como así también a la Cancillería Británica, las Grandes agencias de noticias europeas se han fijado como objetivo quebrar el frente interno logrado en torno a la recuperación del Archipiélago. Existen indicios que hacen suponer que la maniobra psicológica instrumentada en base a noticias falsas o distorsionadas estaría alcanzada éxitos parciales, ya que se observa en algunos sectores una duda creciente sobre la oportunidad del operativo de recuperación argentina y sobre los daños materiales y vidas que pueden causar una agresión de la Flota inglesa. Hasta el momento la actitud de los Medios de

Sin embargo, luego de este número, *LT* nunca más llegó al extremo de expresar abiertamente su cuestionamiento al conflicto. Aunque en dos editoriales sí volvió a aparecer la ambivalencia en la legitimidad del desembarco: entre justificarlo por su causa justa y fundante –el reclamo soberano- y su cuestionamiento por partir de una decisión inconsulta de un gobierno de facto que no ponderó posibilidades y limitaciones. Así en dos notas cuyo eje se focalizaba en las negociaciones diplomáticas y el lugar de EEUU y Latinoamérica en el conflicto (en una lectura compartida por amplios sectores sociales), *LT* afirmaba “al pasar” sus dudas sobre la legitimidad del conflicto y los motivos del mismo, desafiando una vez más los márgenes de lo decible y publicable.

En “Las cosas que la guerra nos mostró y nos debe enseñar”, el semanario se situó en un delicado equilibrio entre concebir a la guerra como “justa pero lamentable” por sus costos humanos y económicos (como veremos), pero a la vez definirla como “una guerra que la mayoría de los argentinos no habíamos pensando en sostener y que a veces parece una pesadilla que se obstina en no terminar” (*LT*, 13/05/1982). En el editorial “Tiempo de espera”, luego de desarrollar una justificación antiimperialista del conflicto y de cuestionar en forma lapidaria el rol de EEUU y la eficiencia de los organismos internacionales para resolver los diferendos, el periódico se atrevió a afirmar que Estados Unidos no era el único culpable de la guerra, y que en la posguerra “cada uno deberá asumir sus responsabilidades”, “... pues para que el país resurja de la guerra habrá que sentar móviles claros, erigidos sobre la base de un estricto realismo, sin generalizaciones que más que bondadosas serán engañosas y sin gratuitas apelaciones al sacrificio por el sacrificio mismo” (*LT*, 27/05/1982).

Entonces, en términos generales, *LT* sostuvo el consenso al desembarco en el archipiélago entendido como una “recuperación” de un territorio usurpado –no sin contradicciones y con las tensiones mencionadas-, pero a la vez desarrolló una tenaz oposición a la guerra. Ese posicionamiento se basó en dos tipos de argumentaciones. Por un lado, una general y ahistórica, en la que se cuestionaba al universal de la guerra por irracional y cruel, y, por otro lado, una concreta y situada, en la que encarnaba esas críticas en la coyuntura específica de la contienda del Atlántico Sur. Así, a partir del inicio de los enfrentamientos bélicos en mayo, *LT*

Comunicación Social privados del país (gráficos y radio) si bien es de total apoyo a las políticas y acciones del Gobierno Nacional, preocupa por los espacios destacados que dedica a informaciones alarmistas provenientes de Europa” (CAERCAS, 1983, p.1918).

definió al conflicto como una “pesadilla”, un “flagelo”, “amarga realidad”, “lamentable” (*LT*, 13/05/1982), y el máximo punto de irracionalidad:

Lejos de aquel frío teatro de operaciones, los foros diplomáticos seguirán discutiendo embriagados de inoperancia; sometidos a la defensa de grandes intereses materiales en aras de la cual subalternizan el objetivo supremo que es el de la paz; su lucha diaria que debe ser precisamente la de evitar la lucha entre los hombres.

Pero la inteligencia, el raciocinio, han caído una vez más, y el sur argentino, inesperadamente, se ha convertido en un nuevo escenario en donde los hombres matan y mueren; en donde el hombre sirve de objeto de experimento para el alucinante crecimiento del arsenal armamentista mundial. El hombre, en fin, víctima de su propio ingenio (*LT*, 03/06/1982).

Esta mirada pacifista que cuestionaba al universal de la guerra, por sus costos humanos y económicos (anclándola, a su vez, en una lectura situada del conflicto), no necesariamente llevaba a poner en duda la legitimidad del conflicto del Atlántico Sur en sí: por eso, *LT* la calificaba como una guerra “justa, pero lamentable”, y a la vez – y en tensión- subrayaba su carácter inconsulto (*LT*, 13/05/1982).

La lectura realista y humana de la guerra –un “tiempo inédito” y “dramático” para los argentinos (*LT*, 20/05/1982)- llevó al periódico a cuestionar el rol de los medios de comunicación por su “despliegue espectacular y sensacionalista”, y en definitiva por el poco profesionalismo con el que cubrían el conflicto. Al respecto, sin pelos en la lengua el semanario denunciaba:

... lamentablemente son numerosos los medios de difusión que abundan en apreciaciones y pseudo evaluaciones sobre alternativas bélicas presentes y futuras, tomando así el trabajo de los estrategas militares, lo que en alguna medida provocó las restricciones conocidas.

Es una actitud copiada del periodismo norteamericano, que describe y cuenta barcos, aviones y tanques; en una palabra, suma chanchos y bicicletas.

Claro que en este país se le agrega una dosis de espectacularidad que hace a esas evaluaciones mucho más semejantes a un comentario de un partido de fútbol o de una carrera de autos, que al tratamiento de un tremendo flagelo como es una guerra. (...)

Valgan esos ejemplos para comprender que quienes se han embarcado en esa aventura periodística irresponsable y sensacionalista, basan su accionar partiendo del desprecio de una de las normas esenciales de toda comunidad civilizada, cual es el respeto a la vida, que en definitiva es una de las cosas que se ponen en juego en una guerra (*LT*, 13/05/1982).

En el tramo final del conflicto, en los dos números del mes de junio, esta mirada angustiada sobre la guerra condujo a *LT* incluso a caracterizar la situación de los jóvenes combatientes en las islas de forma realista y descarnada y a hablar de la muerte sin tapujos.

En la nota de tapa de la edición del 3 de junio, *LT* reflexionaba sobre el rol de los jóvenes en el presente, el pasado y el futuro de Argentina. Aquí solo focalizaremos en su caracterización del presente para ver cómo una vez más el semanario transgredió las pautas de control de la información, al publicar un artículo desgarrador sobre la guerra, la muerte y los soldados. En un

escrito triste y con sabor amargo, y luego de realizar una crítica feroz a la guerra en tanto fenómeno universal –aquella citada arriba-, *LT* afirmaba:

Nos duelen las vidas que se pierden, las de los nuestros y las de los ingleses, pero por obvias razones más sufrimos por nuestros caídos. No podemos olvidar que allí, junto a los profesionales de la guerra, están cayendo jovencitos que recién emergían del capullo de la vida, que llegaron a las islas sabiendo poco más que “las Malvinas son argentinas” (...). Concepto elemental, pero que hace justa y legítima la lucha del país (*LT*, 03/06/1982).

Como vemos, ese cuestionamiento al universal de la guerra en tanto “máxima expresión de la intolerancia, máxima negación de la comprensión y la inteligencia” no llevaba a preguntarse por el sentido de las muertes en el conflicto del Atlántico Sur en particular, porque *LT* afirmaba que la recuperación del archipiélago era una causa justa, por la que valía la pena luchar y dar la vida: es por ello que se refería a esas muertes con los términos “máxima entrega”, “sacrificio” y “gloria”.

Asimismo, y en esta misma tónica, la nota “De mundiales y vergüenzas” del último número antes de la derrota, también sorprende por su descarnada descripción de la vida de los combatientes. *LT* comenzaba de la siguiente forma un artículo que buscaba cuestionar la participación de Argentina en el Campeonato Mundial de Fútbol al verlo como una frivolidad no acorde a las dramáticas circunstancias que estaba atravesando la sociedad argentina:

Nadie que alguna vez por algún infortunio, haya debido pasar largas horas a la intemperie bajo el crudo invierno patagónico, deja de sentirse angustiado al pensar en los millares de jóvenes compatriotas, inmersos en las trincheras, desafiando el frío, el viento, la escarcha y la lluvia. Ninguno de los familiares o amigos de esos soldados podrá en momento alguno sustraerse a la emoción de pensar que, en cualquier instante, el fuego enemigo terminará de pronto y para siempre con la vida del novio, del hermano, del hijo.

Todos los habitantes del país tienen plena conciencia que esos argentinos tienen en sus armas, en sus manos y en sus temples, nada menos que el destino de todo un continente y que, como define un aviso oficial, están luchando por el futuro, contrariamente a la potencia agresora y sus aliados, que intentan disimular su evidente decadencia (*LT*, 10/06/1982).

La nota iba acompañada de una caricatura realizada por el dibujante Alberto Vilanova que era bien elocuente sobre la denuncia realizada, y enfatizaba la comparación entre “los que se estaban jugando el cuero en una trinchera, tapados de barro y nieve” y los “privilegiados (...) que lucen vistosas ropas de una firma francesa...” (*LT*, 10/06/1982).

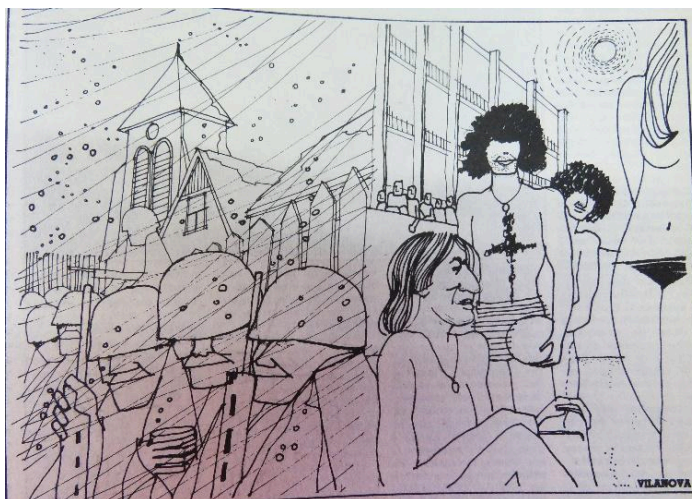


Figura 2: Caricatura de Alberto Vilanova, *LT*, 10/06/1982 (Fuente: archivo personal de la autora)

Como vemos, ninguna de las notas ponía en duda la legitimidad de la contienda bélica. Sin embargo, al referirse a la guerra, las muertes y los jóvenes sin tapujo, irradiaban una tristeza y angustia que bien podía desmoralizar “el frente interno” en los últimos días de la batalla.

Reflexiones finales

El trabajo abordó el posicionamiento de *LT* frente al conflicto del Atlántico Sur, en diálogo con la línea editorial que el semanario sostuvo desde su origen, con las políticas de “acción psicológica” desplegadas por el régimen y con las microcoyunturas del conflicto bélico. Como corolario de dicha reconstrucción, la investigación echa luz sobre dos cuestiones que fungen como dos caras de una misma moneda: por un lado, las limitaciones en el control a los medios de comunicación por parte de la última dictadura, aun en un escenario extremadamente delicado como el de un diferendo internacional; por otro lado, las posibilidades de correr el margen de lo decible por parte de un semanario local, valiente y que no se sumó a la ola patriótica e irreflexiva.

En tal sentido, si bien el régimen demoró casi un mes en delinear el esquema de “acción psicológica”, según el periodista Walter Pérez, desde un inicio hubo advertencias a los responsables de los medios que el control sobre las publicaciones sería mayor e intransigente

(entrevista, 12/06/2023). Sin embargo, un semanario como *LT* pudo publicar noticias y editoriales que diariamente transgredían las pautas y los lineamientos generales, sin condicionamiento. ¿Cómo es posible explicar dicha disparidad? Al respecto, solo es posible plantear algunas respuestas hipotéticas. Por un lado, como sugería el mismo Pérez, pudo haberse debido a las características de la publicación: un periódico semanal y local, de limitada circulación. Por otro lado, también es necesario tener presente los informes de la CAERCAS, que demuestran la imposibilidad del EMC de mantener un control eficiente sobre los medios y de sostener la censura por diversos motivos.

En definitiva, *LT* logró sostener un posicionamiento mesurado y reflexivo del conflicto, yendo a contracorriente del humor general, y ampliar los márgenes de lo decible, transgrediendo constantemente las pautas de control a la información publicadas por el régimen militar, pero tomando ciertos recaudos. Por caso, los cuestionamientos a la legitimidad del conflicto solían hacerse “al pasar”, incluyéndolos como afirmaciones o en forma de preguntas en un editorial cuyo eje era otro, un tema con una perspectiva más amplia y aceptada, como la “traición” de EEUU o el apoyo de Latinoamérica. En esta estrategia es posible identificar cierta continuidad con las medidas de cuidado y autocensura desplegadas por los periodistas que habían ejercido su oficio en “los años de plomo”, quienes habían aprendido -como decía Ortiz, periodista que colaboró con *LT*- “a no decir nada y expresarlo todo”.

Asimismo, el único número que incluyó un editorial con una oposición integral al conflicto, incluso al desembarco, lo hizo en una coyuntura particular (a mediados de abril, momento de mayor circulación de cuestionamientos y de visibilización de otras demandas), y en un artículo que expresaba ese posicionamiento frente al conflicto en forma oblicua. Otra vez, se trataba de rodear la explicación, hasta poder demostrar el argumento y sostenerlo en las conclusiones, pero no de afirmar en forma directa y abierta el mismo desde el inicio. Esta sin dudas fue una estrategia de supervivencia, que les permitió estirar el margen de lo publicable en el momento, ya que, si comparamos con anteriores números, la línea editorial aparecía en los títulos sin medias tintas. En cambio, durante la guerra, los editoriales o artículos más lapidarios se ampararon bajo títulos metafóricos -como “Tiempo de espera”-, o que hacían referencia lateralmente a la posición frente al conflicto- “Los peligros de la hora” o “Las cosas que la guerra nos mostró y nos debe enseñar”.

La vaguedad y falta de definición de las políticas de “acción psicológica” por parte de la dictadura y las limitaciones para controlar que efectivamente se cumplieran las pautas (ambas continuidades a lo largo del régimen militar), tanto concentraron la responsabilidad en los editores sobre qué decir y qué no respecto a la guerra, expandieron la autocensura, como –por el contrario- permitieron la existencia de estos espacios críticos, que expresándose en forma oblicua o escudándose en titulares metafóricos, desarrollaban –en ocasiones- un cuestionamiento despiadado al conflicto y una oposición tenaz a la guerra. Así desafiaban los controles, pero también se exponían a ser censuradas, como ocurrió con otras publicaciones durante la contienda –como el diario *El Patagónico* de Comodoro Rivadavia.

En definitiva, mediante estas estrategias, *LT* pudo sostener su publicación a lo largo del conflicto sin alteraciones, sin traicionar su línea editorial, respetado el contrato de lectura –una mirada reflexiva, clara y politizada sobre la realidad-, continuando sus objetivos y demandas (de defensa de los recursos neuquinos y de regreso al estado de derecho), y manteniendo una agenda amplia aún durante el conflicto (sin caer en la “malvinización” de la información). Así, desplegó una mirada mesurada y sensata de la contienda, que se salía de la efervescencia patriótica, belicista y triunfalista, que la llevó a transgredir las pautas de control de la información constantemente, al cuestionar –por momentos- la legitimidad del conflicto; oponerse a la guerra mostrando la inferioridad argentina, la gravedad de la situación, y los costos económicos y humanos del conflicto; y difundir información que podía generar pánico o respuestas pacifistas al conflicto, al caracterizar en forma descarnada a la guerra, la muertes y las dolorosas vivencias de los jóvenes combatientes y sus familias.

Finalmente, y retomando el puntapié inicial, ¿cuál es el aporte del estudio de *LT* a la investigación sobre el impacto de la guerra de Malvinas en la sociedad neuquina? En otros estudios, he sugerido –a modo de hipótesis- que en Neuquén el conflicto se vivió intensamente, pero con cierto distanciamiento. A diferencia de las poblaciones del litoral patagónico, la cotidianeidad de los neuquinos prácticamente no se vio alterada por cuestiones de seguridad nacional (como los operativos de oscurecimiento), sino que su vivencia bélica se referencia en las movilizaciones para contribuir al esfuerzo de guerra o en la participación en conmemoraciones. Con una única excepción: el impacto de la muerte del joven soldado Jorge Águila, cuyo cuerpo tuvo una multitudinaria recepción. El contacto temprano con esa muerte –que abrió los ojos a la guerra- y la distancia del teatro de operaciones, junto a dinámicas

propias de la sociedad y política neuquina, configuraron un espacio particular en el que parecieron ampliarse –relativamente– los márgenes de lo decible en la guerra (en un momento en el que el fervor patriótico hacía muy difícil hacer audibles voces opositoras al conflicto). Así, la Iglesia católica desplegó una postura pacifista cada vez más radicalizada, que condujo a pugnas públicas por el sentido de la guerra con parte del movimiento obrero y del partido justicialista (Rodríguez, 2022). El pequeño semanario *LT* se sumó a esas luchas, proponiendo un sentido alternativo y desafiando los estrechos límites de lo publicable, a contracorriente del posicionamiento de los grandes medios de tirada nacional.

Bibliografía

Bergero, F. (2011). El diario *Río Negro* y el golpe de estado de 1976. El sinuoso derrotero editorial del diario más influyente de la Patagonia Norte. Recuperado de <https://www.academia.edu/32040595/>

Bergero, F. y Burton, G. (eds.) (2022). *Periodismo y periodistas en el Comahue. Relatos (des)ordenados sobre el origen de la organización gremial de prensa*. Neuquén: La Cebolla Vidrio Ed.

Borrat, H. (1989). *El periódico actor político*. Barcelona: Gustavo Gili.

Borrelli, Marcelo (2009). Voces y Silencios: la prensa durante la dictadura militar (1976-1983). Una aproximación. En *La Historia Reciente como desafío a la investigación y pensamiento en Ciencias Sociales*, CAICYT-CONICET. Mimeo

Burkart, M. (2013). Avatares de la crítica y la sátira: *Humor y la guerra de Malvinas*. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.64808>

CAERCAS (1983). *Informe, Anexos y Declaraciones*. 17 Tomos. Recuperado de: <https://www.casarosada.gob.ar/informacion/archivo/25773-informe-rattenbach>

Celedón Miglioranza, J. (2022). Estrategias del periodismo durante el Estado represor y las experiencias de exiliados-retornados en la Norpatagonia. En C. García Vázquez (Dir.), *Liberando memorias, sobre exilio y desexilios: relatos de hijos desde la Norpatagonia* (pp. 139-174). Roca: Publifadecs.

Díaz, C. (2022). *Malvinas y el combate discursivo: editoriales de los diarios durante la guerra*. La Plata: EDULP. Recuperado de <https://libros.unlp.edu.ar/index.php/unlp/catalog/book/1886>

- Díaz, C. (coord.) (2017). *El periodismo gráfico durante la dictadura*. La Plata: UNLP. Recuperado de <https://libros.unlp.edu.ar/index.php/unlp/catalog/book/833>
- Dutto, Y. (2010). *Nación y guerra de Malvinas. Las representaciones del diario Río Negro*. Tesis de Licenciatura, Neuquén: Universidad Nacional del Comahue.
- Escudero, L. (1996). *Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra*. Barcelona: Gedisa.
- Franco, M. (2018). *El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983)*. Buenos Aires: FCE.
- Gamarnik, C. (2015). La fotografía de prensa durante la guerra de Malvinas: la batalla por lo (in) visible. *Páginas*, 7 (13). <https://doi.org/10.35305/rp.v7i13.197>
- García, N. (2018). Transición a la 'neuquina' (1980-1983). *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"*, (18). <https://doi.org/10.52885/2683-9164.v0.n18.25267>
- García, N. (2019). *Sur Argentino. El diario de los Sapag (1970-1978)*. Neuquén: Ediciones con Doble Zeta.
- Lorenz, F. (2009). *Malvinas. Una guerra argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Lorenz, F. (2013). Como los griegos y los persas. Representaciones del enemigo durante la guerra de Malvinas. En Lorenz, F., *Unas islas demasiado famosas. Malvinas, historia y política* (pp. 65-94). Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Rafart, G. (2019). Neuquén y su transición (1980-1983). En M. Moroni (Comp.), *Actores políticos y reorganización partidaria en la Patagonia (1980-1983)* (pp. 101-124). Santa Rosa: Edunlpam. Recuperado de <https://www.unlpam.edu.ar/cultura-y-extension/edunlpam/catalogo/libros-de-interes-regional/actores-politicos-y-reorganizacion-partidaria-en-la-patagonia>
- Rodríguez, A. B. (2022). La sociedad neuquina frente a la guerra de Malvinas: disputas públicas por el sentido del conflicto. En M. I. Tato, María Inés y G. Soprano (Dirs.), *Malvinas y las guerras del siglo XX* (pp. 175-224). Buenos Aires: Teseo Press. Recuperado de <https://www.teseopress.com/malvinasylassguerrasdelsigloxx/>
- Risler, J. (2018). *La acción psicológica. Dictadura, inteligencia y gobierno de las emociones (1955-1981)*. CABA: Tinta Limón. Recuperado de <https://tintalimon.com.ar/libro/la-accion-psicologica/>

Saborido, J. y Borelli, M. (Coords.). *Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*. Buenos Aires: Eudeba.

Sánchez, María Esperanza (2011), *Tras un manto de neblinas. El circuito de las fotos de Malvinas y su lugar en los medios*, tesis de licenciatura, Carrera de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 2011.

Schindel, E. (2012). *La desaparición a diario. Sociedad, prensa y dictadura*. Villa María: Eduvim.

Tarantino, N. (2020). Un lugar para decir. (8300), historia del surgimiento de un periódico de Neuquén. (*Enclave Comahue. Revista Patagónica de Estudios Sociales*, (26). Recuperado de <https://revela.uncoma.edu.ar/index.php/revistadelafacultad/article/view/2708>

Telam y RTA (2022). *Los medios de la Guerra* (Documental). Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=fjHZEqhFEhg>